

AURORA ALBORNOZ. *Poemas para alcanzar un segundo*. Colección Adonais. Madrid, 1961.

Poemas para alcanzar un segundo es el quinto libro que publica Aurora de Albornoz, escritora asturiana que alterna la obra de creación con la labor investigadora. Desde hace años reside en Puerto Rico, a la vera de cuya Universidad, en la que actualmente figura como profesora, se ha ido formando. Según nuestras noticias, su primer libro de poesía, titulado *Brazo de niebla*, apareció en 1955, y en él se desvelaba una voz de suave y sensitivo intimismo, llena de personal atractivo. El libro, editado en Puerto Rico, se amplió años más tarde en una segunda edición publicada en Santander. *Poemas para alcanzar un segundo*, que motiva la presente nota, aparece avalado por el prestigio de la Colección Adonais. Entre *Brazo de niebla* y *Poemas para alcanzar un segundo*, figura, en el haber de la escritora, un breve libro titulado *Prosas de París*.

Aurora de Albornoz es la encargada, en colaboración con Guillermo de Torre, de la publicación de las Obras Completas de Antonio Machado. Fruto previo de esa labor, a la que se dedica desde hace tiempo, son una serie de ensayos de tema machaniano, dados a conocer en las revistas españolas y americanas de más solera literaria, y dos libros titulados: *Poesías de guerra de Antonio Machado* y *La prehistoria de Antonio Machado*. En el primero, con las últimas composiciones del gran poeta, aparece, a manera de introducción, un documentado resumen de las postreras andanzas y desventuras del escritor. En el otro, Aurora de Albornoz desentierra unos lejanos artículos publicados por el autor de *Campos de Castilla*, en cierta revista madrileña denominada «La Caricatura», con el Seudónimo de «Caballera», o de «Tablante de Ricamonte», cuando eran escritos al alimón con su hermano Manuel. Esos artículos corresponden a los años 1892 y 1893, es decir: fueron escritos cuando Antonio Machado andaba por los dieciocho años de su vida. La primera noticia de ellos nos la había proporcionado Miguel Pérez Ferrero en su biografía del poeta, pero nadie se había preocupado de ir a buscarlos. El interés de estos escritos radica, únicamente, en que en ellos se recogen los primeros escauceos literarios del extraordinario poeta. De todos modos, aunque sólo sea como curiosidad erudita, es francamente meritorio el trabajo de Aurora de Albornoz.

Este trato asiduo e interesado con la sugestiva obra de Antonio Machado, llevará a presuponer obligadas influencias en la poesía de Aurora de Albornoz. Pensarlo así resulta obligado. Y, sin embargo, no es cierto. La escritora tiene voz propia, asida a las tendencias cultivadas por la joven poesía actual, y, por ello, a las preocupaciones recetoras del momento. En *Poemas para alcanzar un segundo* la nota más destacada, más permanente, es, no obstante, su temporalidad, o sea: su absoluta adhesión a las íntimas motivaciones biográficas de la autora. Nos encontramos, a lo largo de los poemas que forman el libro,

ante una singular biografía poética encaminada a rescatar del olvido los recuerdos breves y entrañados que poco a poco, con su agrídulce regusto, peraltan, en el tiempo, los treinta años de la poetisa. «Ya tengo treinta años» es el verso inicial del libro. El verso que condiciona, con su continua resonancia, el alado secreto de todos los poemas.

En la primera parte de *Poemas para alcanzar un segundo*, surge del fondo del tiempo, naciendo de la presente actualidad de la escritora, la niña que hace bastantes años jugaba por las húmedas y jugosas praderas luarquesas, y que se llamaba, precisamente, Aurora de Alborno:

Naciéndose de mi
 la niña de mirar azul
 y contornos de niebla

 Trae un prado de abril
 abierto en campanillas.
 Y los ojos dormidos de las vacas.
 Y el sonido ligero de las «flores de mayo»
 de la aldea
 oliendo a toxos y a resina.

 Trae un miedo cerrado
 en el fondo del agua.
 En el fondo del tiempo.

Y algunas páginas más adelante, refiriéndose a esa niñez y a sus avatares, la escritora exclama:

A veces...
 Ahora mismo
 viene a poblarne entera.

Con esta tónica se va tejiendo el libro. A la niñez sigue la juventud, los viajes a París, el nacimiento de nuevas amistades, de nuevas aficiones, hasta llegar a un presente agobiador con sus problemas acrecentados por la angustia de vivir en un mundo ajeno, donde luchamos para evadirnos de él, ingresando en la paradójica y enigmática dialéctica del ensimismamiento y de la alteración:

Qué doble voluntad de cerrarse en lo uno.
 De fundirse en lo uno.
 Qué esperanza de vencer a la muerte
 por el otro,
 en el otro,
 desde el otro.
 Qué doble afán de crearse minutos eternos.

A través de este acento dolorido, de elevada tensión lírica, expresada con fina sensibilidad, la escritora nos descubre la clave secreta de su

confesión. A veces recurre, con análogo propósito, a memoranzas literarias, reviviendo, desde su intimidad acongojada, el dramático contenido de figuras inmortalizadas por el arte, transmutando el mito, admitido y reverenciado, en vivencia actual y propia. Sirvanos, como prueba de ello, este delicado poemilla titulado Ofelia:

Era de nuevo el río de las aguas azules.
El de siempre.
El que tuvo tan cerca muchas veces.

Sabía su principio,
pero no quiso nunca
perdersse por sus aguas.

Lo sintió más cercano.
Adivinó sus brazos
azules
como siempre.
Y tocó su principio.
Y lo siguió gustando.
Y sintió poco a poco
sobre el cuerpo
el peso de las aguas,
pero no tuvo miedo.

Y adormeció los ojos.
Y se volvió de lado.

Nada de locura. Nada de amores contrariados. Una callada resignación, dulce y conmovedora, hacia la muerte. Acaso la añoranza del frustrado suicida que todos llevamos en los más profundo de nuestra intimidad.

Poemas para alcanzar un segundo es un libro, por lo que llevamos dicho, escrito con sencillez, sinceramente personal y verdadero, donde se descubre la presencia de una excelente poetisa. Un libro de delicada captación femenina, desde el que su autora trata de salvar los recuerdos más entrañados de su existencia, porque

Hay segundos pequeños
que queremos volver infinitos.

es decir: que necesitamos que se vuelvan infinitos en lo más profundo de nuestro recuerdo. Son sólo breves segundos, es cierto. Pero son los breves segundos que pueden justificar —y de hecho justifican— toda una vida.